

PIRATAS DE LA SERRANÍA

Faustino Peralta Carrasco

Cronista Oficial de la Ciudad de Ronda

Hablar de Bandolerismo en Ronda es hablar de los misterios, secretos y leyendas que esconden nuestras sierras. De aquellos forajidos del sistema que no entendían de leyes, como piratas en un océano de montañas y valles, sin patente de corso, pero sí con el favor del pueblo cuando eran avistados o arribaban a puerto; que se sentía orgulloso de ellos, de pertenecer a su misma raza.

El bandolerismo existe desde que el mundo el mundo, pero fueron los viajeros románticos quienes convirtieron la historia de los nuestros en auténticos héroes legendarios. El fenómeno del malandrín, del facineroso, del bandido, del cuatrero siempre aparece a lo largo de la historia por inconformismo, por rebeldía, por necesidad de subsistencia: hambres, guerras, epidemias, revueltas, absolutismo... fueron el caldo de cultivo para la aparición, aceptación y ascensión del bandolerismo.

España siempre ha sido considerada un país de bandoleros, con múltiples manifestaciones regionales, arrancando todas desde la época antigua, la romana; otra medieval, iniciada con la conquista musulmana y que se prolonga hasta el siglo XV; otra moderna, que tiene su apogeo durante el siglo del Barroco; y finalmente otra contemporánea que, iniciada antes de la guerra de la Independencia, se prolonga hasta el primer tercio del siglo XX.

Los ciegos, con su “literatura de cordel”, siglos XVI al XIX, tuvieron un papel principalísimo, de larga tradición, sobre la transmisión oral de las hazañas bandoleras, ejerciendo una influencia fundamental en la conformación popular del bandolerismo. Estas narraciones encantaban al pueblo por su virtuosismo, manifiesto tanto en la expresión verbal o musical como en la fidelidad de sus relatos o en la calidad de los mismos, aunque la verosimilitud no era un factor relevante. Como los antiguos rapsodas recitaban historias ante un público de soldados, criadas, cesantes, hampones y majos, todos los cuales parecían quedar estupefactos ante aquellos relatos. Incluso, a comienzos del régimen liberal hubo intentos para erradicar la influencia que estas aficiones ejercían sobre el pueblo, ya que estos héroes perdedores terminaban en convertirse en auténticos héroes populares, como indicaba el informe de 1834 de Santiago Olózaga para la supresión de la hermandad de los ciegos.

Aquellas historias fascinaban al público, le entusiasmaba escuchar como un simple truhán podía con todo un regimiento, se burlaba de la autoridad injusta a la que odiaba por la represión que ejercía, y se rebelaba contra el poder establecido que lo tenía abocado a la sumisión de su esfuerzo laboral para unos terratenientes desaprensivos, que sometían despiadadamente al campesinado a unos arbitrarios y míseros jornales. El pueblo se enorgullecía de aquellas proezas individuales. Junto a los toreros, salvando las distancias entre unos y otros, eran sus héroes. El pueblo aceptaba al bandolero porque admiraba sus gestas, fruto del inconformismo. El bandolero era el caudillo de los perdedores, y ya sabemos que el pueblo llano siempre está con los perdedores porque éste también se siente frustrado, era uno de ellos que se rebelaba ante la pobreza, la resignación y el olvido.

El bandolerismo andaluz es un bandolerismo romántico, precisamente porque es un bandolerismo popular, hijo de la miseria. Principalmente por estas dos circunstancias:

1. La monstruosa distribución que tenían las tierras en Andalucía, esclavizadas en su mayor parte por los mayorazgos, por comunidades y capellanías en cortijos y haciendas, con asombrosas extensiones que hacía miserable a todo el país andaluz.
2. La población andaluza estaba constituida principalmente por jornaleros que durante la mayor parte del año mendigaban introduciéndose en los Pueblos Capitales. Y de aquí se nutrían los que reclutaban ladrones, contrabandistas o malhechores, inducidos por una parte de la necesidad y por otra de no tener casa, hogar ni nada que perder.

El propio informe del asistente de Sevilla López de Lerena al todopoderoso ministro de Carlos III, Floridablanca, fechado en 1785, opinaba que obstinarse en cambiar las cosas era una causa perdida de antemano, porque las raíces del bandolerismo están en que la inmensa mayoría de los habitantes de Andalucía estaba sumida en la pobreza absoluta, a pesar de la riqueza aparente de sus tierras.

Este mundo vulgar, populachero y plebeyo ha sido muy criticado severamente como propio de la “España de pandereta”, y de este prejuicio han participado muchísimos moralistas e incluso escritores consagrados. Y el resultado ha sido contundente: desde entonces ha quedado marcada por una imagen literaria llena de tópicos que ha condicionado nuestra identidad posterior. Pero esa literatura local era importante e incluso trascendente en la vida pública, la historia es también la historia de sus pueblos y la gente humilde que lo conforman, de sus ideas y costumbres; y esta realidad pueblerina y castiza fue la que cautivó a los viajeros románticos, aunque plena de subjetividad, por el deseo de encontrar un paraíso pintoresco y para ellos perdido, por el avance de revolución industrial, de la que huían.

Es a principios de XVII cuando una novela caló hondo en los lectores europeos: Las aventuras de *Gil Blas de Santillana*, del francés Lesage, que obtuvo un grandísimo éxito y una popularidad incomparable. La cual dibujó una España que sería posteriormente fundamental para la leyenda de los bandoleros españoles, ya que a través de su secuencia narrativa quedaba fijado el esquema de los relatos posteriores de los bandoleros. Esta obra, que pasa por ser la primera novela realista de Francia y fue considerada durante mucho tiempo como una de las mejores novelas de literatura francesa, es aclamada como una obra maestra, fue considerada como un cuadro magnífico de la vida española de aquellos años. Pero se vio inmersa en una fuerte y larguísima polémica al opinar Voltaire y no pocos escritores españoles que se trataba de una copia del Marcos de Obregón de nuestro Vicente Espinel, hasta que finalmente se concluyó que era realmente original; aunque sus fuentes históricas se encontraban en las novelas picarescas españolas, con reminiscencias del Lazarillo de Tormes, del Marcos de Obregón y otras obras españolas.

También fue fundamental en la fabulación posterior romántica, la imagen viva que de la realidad andaluza dio el gran intelectual sevillano José M^a Blanco White. Sus Cartas de España, aparecieron en Inglaterra y otros países con notable éxito, en 1822, justo cuando todas las miradas de Europa se volvían hacia nuestro país. Ejerciendo una influencia indiscutible en los viajes y viajeros que posteriormente llegaron a la Península.

Pero ya sabemos que los viajeros confundían a menudo la ficción con la realidad, por tal de conseguir un buen efecto sin respeto alguna con la realidad. Prácticamente todos los viajeros románticos que escribieron sobre bandoleros no se encontraron con ninguno, pero había que hablar de ellos. Como decía Richard Ford: “una olla sin tocino sería tan sosa como un volumen sobre España sin bandidos”. Los viajeros románticos fueron los

divulgadores en el extranjero de lo que los autóctonos les contaban, y éstos siempre revestían la verdad para hacerla más interesante y encantadora.

Los viajeros situaban a Sierra Morena como centro neurálgico del bandolerismo, aunque dicha aseveración, por otro lado inventada, venía asentada en la tradición popular desde siglos atrás, desde Cervantes y Lope de Vega; y esta adscripción puede deberse también a la tendencia de la época a magnificar las primeras montañas que los viajeros que venían del norte se encontraban después de atravesar las llanuras interminables de la Mancha. Sin embargo los enclaves más significativos del bandolerismo se encontraban en la **Serranía de Ronda**, el desierto de la Monclava (entre Ecija y Carmona) o los santos lugares en torno a Estepa.

Pero ficción y realidad coinciden en señalar a la Serranía de Ronda, como el **Santo Lugar del Bandolerismo Andaluz**, algo que también intuyó el sacerdote Blanco White, en su largo viaje de Sevilla a Olvera, a través del Arahal y Osuna.

Rey de la Serranía de Ronda fue Omar Ben Hafsun: para algunos, bandolero; y para otros caudillo de la oprimida nacionalidad española contra el califato de Córdoba. Precisamente el tratamiento que de su cadáver hizo Abderramán II, que lo hizo desenterrar y exponer al público en una de las puertas de Córdoba, no fue distinto a otros tantos rebeldes y bandidos posteriores. Un fenómeno similar, aunque distante en el tiempo, se da en esta Serranía con los monfies o moriscos, durante los siglos XVI y XVII; se trataba sin duda de otro tipo de bandolerismo; pero se hicieron fuertes en la Serranía y se rebelaron contra el poder para poder seguir viviendo. Y el propio Vicente Espinel, en su Marcos de Obregón, daba noticias del lugar conocido como la Saucedá, bosques de alcornoques y quejigos, cuyo nombre se ha relacionado con el de “desahuciados”, por ser cobijo de malhechores. Por otra parte nuestra Serranía rondeña adquirió un protagonismo fundamental, a causa de la activación del contrabando con Gibraltar, convertida por los ingleses en puerto franco. El propio Boassier (botánico que exploró la flora andaluza e identificó nuestro pinsapo) quedó asombrado con las cruces que se encontraba a su paso sobre un pino o al abrigo de una cueva: “*camino sembrado de muertas*”. Y también es en nuestra propia Serranía donde se hicieron fuertes no pocos guerrilleros durante la ocupación napoleónica, y posteriormente a la época romántica fue el centro de operaciones de Tragabuches, de la cuadrilla de los Siete Niños de Écija. E igualmente estuvo por estos contornos José M^a el Tempranillo y el último de los grandes bandoleros, Juan Mingolla, Pasoslargos.

La serranía rondeña es, en conclusión, un marco de operaciones incomparable donde no cuesta trabajo imaginarse a los bandoleros refugiarse en las asperezas de sus montañas, libres entre sus rocas y cortados, rebeldes y revolucionarios contra el poder, indómitos ante la autoridad y comprometidos con los suyos en el rechazo de la opresión que les forzaba a convertirse en bandidos.